

EN MEMORIA DE ARTURO ROIG

ALEJANDRA CIRIZA
*Universidad de Mendoza·
Mendoza Argentina*

Arturo Andrés Roig nació en Mendoza, Argentina, un 16 de julio de 1922 y murió en la mañana de un 30 de abril de 2012, próximo a cumplir los 90 años. Vivió casi toda su vida en compañía de su esposa, Irma Alsina, con quien compartió intereses, vida cotidiana y avatares diversos. Arturo e Irma tuvieron dos hijos y dos hijas: Arturo y Horacio, Elisabeth y Hebe.

Arturo, cuya madre era maestra y cuyo padre fue el célebre pintor catalán migrado a América Fidel Roig Matons, tenía varios hermanos, todos varones, pero en mi memoria ha quedado su vínculo con su hermano gemelo, Fidel, con el cual compartía pasiones intelectuales y una afinidad entrañable. Fidel era biólogo y Arturo historiador de las ideas y filósofo.

Arturo y Fidel acompañaron durante la niñez a su padre, pintor de Guanacache, y de nuestras maravillosas montañas. Esas cosas menudas hicieron de Arturo el hombre que fue, cultivador de granadas e higos chumbos, de calabazas diversas, lector incansable, sabedor de las espinosas especies que pueblan esta tierra desértica y paradójal tanto como del griego, la filosofía antigua y el barroco ecuatoriano.

Estas palabras no son sino una rememoración afectuosa de mi maestro, pensadas y dichas en agradecimiento por el tiempo compartido, por el oficio transmitido, por los sueños que me ayudó a recuperar en tiempos inclementes. Es por eso que hay en este escrito mucho de la experiencia personal transitada durante mis años de formación como becaria del CONICET y doctoranda, pues Arturo fue el director de una tesis que escribí en 1994 y defendí en junio de 1995 sobre pensamiento político de la ilustración ecuatoriana.

En 1984 Arturo Roig retornaba al país desde el exilio ecuatoriano. Me situó en ese punto para mirar hacia adelante y hacia atrás en su trayectoria, no sólo porque fue el momento en que lo conocí, sino porque Arturo regresaba a Argentina en tiempos de recuperación de una fragilísima democracia. Aún no sabíamos cuánto.

El 5 de agosto de ese año pronunciaba unas “Palabras de regreso” (1984) tras el exilio. Se hacía cargo de la titularidad de Filosofía Antigua en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNCuyo por disposición de la Justicia Federal, ante una comunidad que había permanecido durante muchos años enmudecida. Algunos/as de nosotros/as agradecemos sus palabras como un aire de libertad que venía a abrir la posibilidad de poner nombres a uno de los períodos más tristes de la historia del país. Años durante los cuales se había reprimido, saqueado, asesinado, encarcelado, exiliado, desaparecido, insiliado, silenciado.

Muchos y muchas de los que en los años 70 habían compartido el proyecto de construcción de una sociedad diferente habían sido desaparecidos, entre ellos y ellas muchos estudiantes. También el entrañable Mauricio López, amigo personal de Arturo, que fue secuestrado en la noche de un 31 de diciembre de 1976 y de quien aún no tenemos noticias.

Fueron años durante los cuales la universidad, la facultad de Filosofía y Letras, donde hice mis estudios de grado, habían permanecido paralizadas, al menos para quienes queríamos hacer de la filosofía un ejercicio de pensamiento y debate.

Arturo volvió para desafiar, para abrir horizontes, para poner en discusión, para habilitar polémicas.

Leímos con avidez todo lo que trajo, traficante incansable de papeles y libros. Nos asomamos con maravilla y alegría a un mundo de pensamiento que nos había sido vedado por años. Debates conceptuales, herramientas metodológicas, perspectivas innovadoras que para muchos/as de nosotros/as eran desconocidas. También viejos autores que habían estado prohibidos durante los años de plomo. Marx, Engels, Lukács, Gramsci, Horkheimer, Adorno, Althusser, Thompson entraron en tropel en nuestros debates. También Foucault, Lacan, Kristeva, Barthes, Derridá, Bajtín-Voloshinov. Y la filosofía latinoamericana. Recuerdo con particular placer la lectura del Calibán de Fernández Retamar, los escritos de Augusto Salazar Bondy, la lectura de Teoría y Crítica del pensamiento latinoamericano, un libro que reúne una serie de trabajos escritos por Arturo a lo largo de muchos años. Se publicó en México en 1981, durante el exilio. En la introducción Arturo sentaba algunas ideas centrales a propósito de lo que él entendía como un programa para el filosofar desde América latina, basado en lo que llamaba el *a priori antropológico*, es decir, la asunción, por parte del sujeto filosofante, de una posición como parte de una colectividad, como sujeto situado en un tiempo y lugar precisos, que se reconoce a sí mismo en calidad de activo hacedor de su propia historia (Roig, A. A. 1981). La filosofía es pues, desde ese punto de vista, un saber programático, saber de conjetura que parte de la crítica del orden dado y se ubica como abierto hacia un horizonte utópico. De allí que sea pensada como una indagación por el sentido del mundo y de la vida, más que como una pregunta por el sentido de los textos en los que la filosofía ha hablado. Desde luego ello no implicaba renegación de la filosofía y de su historia, sino más bien una asunción del quehacer filosófico como un preguntar abierto que excede a la filosofía misma para desplegarse hacia un horizonte de liberación.

Filosofía situada, ubicada geográficamente en y desde América latina, resistente a los esfuerzos de des-historización y negación del nosotros y de lo nuestro. De allí la pasión por la búsqueda de nuestras raíces históricas.

La cuestión de la articulación entre historia y filosofía fue uno de los asuntos que se convirtió en decisivo para mí, pues mientras trabajé a su lado fui una historiadora de las ideas ecuatorianas. Tal vez herencia apasionadamente transmitida, porque ha sido uno de los hilos conductores de la vida intelectual de Arturo.

Arturo fue a la vez un historiador y un filósofo, dos oficios que ejerció en forma simultánea.

En los años 60 hurgaba en archivos y repositorios documentales de la provincia a la búsqueda del tiempo perdido, reconstruía minuciosamente la historia intelectual de Mendoza: el itinerario de la Enciclopédie, los pasos perdidos de los románticos, los krausistas, los espiritualistas (Roig, A. 1996). Buscaba en los archivos, ordenaba, interpretaba, sistematizaba la memoria del terruño, a la vez que daba clases sobre Platón en la Facultad de Filosofía y letras y escribía un texto que fue publicado hacia inicios de los años 70: Platón o la filosofía como libertad y expectativa (Roig, A. A. 1972).

La constante preocupación por el asunto de la memoria, una de sus obsesiones, lo condujo a la práctica de una disciplina entonces en proceso de constitución, la Historia de las Ideas Latinoamericanas. En ese campo los trabajos de Arturo han sido pioneros. No sólo porque participó en los debates inaugurales relativos a los límites, constitución, metodologías de la disciplina, sino porque sus trabajos organizaron el campo de conocimiento.

En 1975 fue uno de los firmantes de la Declaración de Morelia, un auténtico manifiesto en defensa de una concepción de la filosofía como saber de liberación. Ampliada a otros sujetos, la filosofía debía ser universal en un sentido pleno y considerar a los seres humanos como normativamente iguales, a la vez que realmente diversos en un horizonte de solidaridad recíproca. En un momento histórico decisivo para lo que

entonces se nominaba como “tercer mundo”, algunos filósofos nustramericanos denunciaban la dominación colonial y celebraban el espíritu insurreccional que recorría el continente “los dominados, los negados, se han rebelado, han afirmado su ser y han comenzado a romper las cadenas”, decían entonces. Arturo, como muchos de sus contemporáneos, participaba de la idea que habían sostenido Fanon, el Che y el propio Sartre: había llegado la hora de los condenados de la tierra, estos comprendían con claridad la relevancia de una libertad que pudiera ser verdaderamente universal.

Durante la dictadura militar Arturo y su familia vivieron en México y Ecuador. De su paso por tierra ecuatoriana dan cuenta no sólo los fecundos años de docencia en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, sino una serie de textos, como su Esquema para una historia de la filosofía ecuatoriana (1978), su trabajo sobre el Humanismo Ecuatoriano (1984), sus escritos sobre Juan Montalvo (1984) y uno de mis textos preferidos, La utopía en el Ecuador (1987). Sus trabajos no sólo testimonian una búsqueda documental minuciosa, sino un conocimiento de la historia del Ecuador poco frecuente para quien, se supone, era un extranjero. Arturo siguió en este punto el ejemplo de Gaos, más que un destierro lo suyo fue un transtierro. Amó y trabajó en tierra ecuatoriana como lo hubiese hecho en la suya propia si los militares y sus cómplices civiles no lo hubieran expulsado.

Su trayectoria intelectual, que continuó en Argentina escribiendo y enseñando, estuvo marcada por una larga y apasionada historia de amor con el trabajo, la memoria, la filosofía, América Latina, a la que Arturo concebía como territorio de una filosofía de la mañana.

Si Arturo se fue del país perseguido por la dictadura, cuando retornó lo hizo reclamando para nosotros y nosotras, para la práctica de la filosofía y para el ejercicio de su vocación docente una libertad sin la cual no es posible no sólo la filosofía, sino, en sus palabras, ninguna institución universitaria ni de investigación.

Sobre esa base y sobre un trabajo constante y generoso formó a quienes tuvimos la fortuna de contar con su palabra y su escucha: Adriana Arpini, Estela Fernández, Clara Jalif, Estela Saint André, Liliana Giorgis, Dante Ramaglia, Marisa Muñoz, Rodolfo Norton, Oscar Zalazar, Fernanda Beigel, Rosa Licata y yo fuimos parte, durante muchos años, de un grupo que se nutrió de su apoyo, su paciencia, sus sugerencias, su biblioteca. Nelly Filippa y Cristina Genovese, de San Juan, trabajaron en aquel tiempo con Arturo. En Ecuador conocí a Carlos Paladines y Nancy Ochoa Antich. En México Horacio Cerutti. Son los nombres que recuerdo, en parte por parcialidad de la memoria, en parte porque no conocí a todos y todas, pues su vocación como maestro continuó por muchos años, en cumplimiento de aquella promesa de 1984: “Si nuestra actividad como pedagogos fue considerada un pecado, declaro que estoy dispuesto a caer en el pecado nuevamente”. Y efectivamente lo hizo.

Arturo gustaba de las utopías, porque las utopías, como alguna vez nos dijo, citando a Ramón Plaza, son a prueba de ladrones, pues nadie puede robarnos el deseo de un mundo mejor y la convicción de que es preciso, al menos, intentar construirlo.— Mendoza, 17 de mayo de 2012

NOTAS: [1] El texto está incluido en el libro *Ética del poder y moralidad de la protesta*, publicado en 2002 (Roig, A.A. 2002, pp. 245-249). [2] La declaración fue redactada y firmada por Enrique Dussel, Francisco Miró Quesada, Arturo Andrés Roig, Abelardo Villegas, Leopoldo Zea, con motivo del Primer Coloquio Nacional de Filosofía, celebrado en la ciudad de Morelia, Michoacán (México), del 4 al 9 de agosto de 1975.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Declaración de Morelia, 1975. En: <http://www.ensayistas.org/critica/manifiestos/morelia.htm>
- ROIG, Arturo Andrés (1972) *Platón o la filosofía como libertad y expectativa*. Mendoza: Instituto de Filosofía, Universidad Nacional de Cuyo. 200 pp. (Colección de Estudios Filosóficos 5).
- ROIG, Arturo Andrés (1981) *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México: Fondo de Cultura Económica.
- ROIG, Arturo Andrés. 1982 (1977) *Esquemas para una historia de la filosofía ecuatoriana*. Quito: Centro de Publicaciones de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- ROIG, Arturo Andrés (1984) *El pensamiento social de Juan Montalvo, sus "Lecciones al Pueblo"*. Quito: Ed. Tercer Mundo.
- ROIG, Arturo Andrés (1984) *El Humanismo ecuatoriano de la segunda mitad del siglo XVIII*. Quito: Banco Central del Ecuador, Corporación Editora Nacional, 2 tomos.
- ROIG, Arturo Andrés (1987) *La utopía en el Ecuador*. Quito: Banco Central del Ecuador y Corporación Editora Nacional.
- ROIG, Arturo Andrés (1993) *Rostró y filosofía de América Latina*, Mendoza: Editorial de la Universidad de Cuyo.
- ROIG, Arturo Andrés (1994) *El pensamiento latinoamericano y su aventura*, Buenos Aires: CEAL.
- ROIG, Arturo Andrés (1996) *Mendoza en sus letras y sus ideas*. Mendoza: Ediciones Culturales de Mendoza.
- ROIG, Arturo Andrés (2002) *Ética del poder y moralidad de la protesta. Respuesta a la crisis de nuestro tiempo*. Mendoza: Editorial de la Universidad de Cuyo.